



THE HORUS HERESY®
SIEGE OF TERRA

LA GUERRA SOLAR

John French

minotauro

THE HORUS HERESY®
SIEGE OF TERRA

LA GUERRA SOLAR

John French

minotauro

Título: *Siege of Terra nº01 La Guerra Solar*

Versión original inglesa publicada por Black Library.
The Solar War © Copyright Games Workshop Limited 2019.

The Solar War, La Guerra Solar, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo ® o ™, y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo.
Todos los derechos reservados.

Games Workshop Limited,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK.

Título original: *The Solar War*
Ilustración de la cubierta: Neil Roberts

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
© 2023 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Daniel Casado Rodríguez

ISBN: 978-84-450-1508-7
Depósito legal: B. 1.075-2023
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

LA DISFORMIDAD

∞

—Padre...

Está esperando. Siempre ha estado esperando. En este lugar, el tiempo no existe, no de verdad, no a menos que las fuerzas que viven en su marea lo conjuren en un sueño. Aquí, la eternidad es la verdad.

—Padre...

Poco a poco, con cansancio y a desgana, forma la idea de unos ojos, de una boca, de extremidades, de un asiento bajo él. En la lejanía hay otro asiento, y un hilo de pensamiento y voluntad que lo vincula de vuelta a un lugar de metal, piedra y tiempo.

—Padre...

Abre los ojos.

La oscuridad se encuentra ante él y se extiende a lo largo de todas las dimensiones. La oscuridad y él a solas. En ese momento percibe el eco de cada hombre y cada mujer que alguna vez se han despertado junto a una hoguera que amenaza con apagarse, y que han visto la noche arrastrarse poco a poco hacia ellos conforme la luz de las llamas se desvanece.

La oscuridad se torna un espejo negro. Mira a su reflejo: un hombre sentado en una silla de piedra, anciano, con una piel oscura que cuelga de los huecos de sus mejillas. Su barba está

manchada del color del hierro y la nieve. Los hombros y extremidades bajo su túnica simple y negra son delgados. El polvo llena las suelas desnudas de sus pies. Tiene los ojos claros, y no hay rastro de amabilidad ni de piedad en ellos.

El asiento y el hombre se encuentran sobre una estrecha plataforma de piedra. Tras él arde un muro de fuego que se curva hacia arriba y arde y reluce como la superficie de una estrella.

El reflejo cambia. Por un instante, una silueta de hierro y cuchillas, con ojos ardientes como carbones, le devuelve la mirada desde un trono de cromo. Entonces desaparece, y el reflejo se convierte en una mezcla de imágenes que se superponen una sobre la otra: un guerrero dorado con la espada desenvainada frente a las puertas de una fortaleza colosal, una figura ante la boca de la cueva de una montaña, un niño con un palo y los ojos llenos de miedo, una reina con una lanza en lo alto de un acantilado, un águila con diez alas que vuela contra un cielo lleno de rayos; las imágenes cambian sucesivamente como las de unas cartas que se lanzan al aire.

—¿Hay algo de verdad en ti? —pregunta la voz que proviene de la oscuridad.

Las imágenes se desvanecen, y la oscuridad vuelve a presentarse ante él. Cae hacia el abismo de abajo, como una cascada de tierra obsidiana.

—¿Hay algo de verdad en la raíz de tus mentiras, padre?

La oscuridad se convierte en un bosque: troncos oscuros que se alzan hacia un cielo inalcanzable, raíces que se arrastran hacia el abismo que hay abajo. El hombre de la silla está sentado en el suelo cubierto de nieve, con una hoguera encendida ante él. Una sombra se desplaza por la oscuridad entre los árboles. Es enorme, con un pelaje azabache y ojos plateados. La criatura arrastra la oscuridad tras de sí conforme avanza, pero se detiene antes de llegar al borde de la luz.

—Afirmas ser un hombre —dice el lobo—, pero eso es una mentira que se ha revelado ante cualquiera que pueda verte aquí. Niegas buscar ser un dios, pero estableces un imperio para que te veneren. Te haces llamar el Señor de la Humanidad, y esa es tal vez la única verdad que has pronunciado alguna vez: que quieres hacer que tus hijos sean esclavos.

El lobo ladea la cabeza, y, por un momento, deja de ser un lobo para convertirse en una sombra hinchada, marcada por los

rayos, con unos ojos que son agujeros que dejan ver un horno al rojo vivo.

—Pero este hijo... —gruñe el lobo, y sus músculos se preparan bajo su pelaje al tiempo que los labios se le retiran para mostrar los dientes— este hijo ha vuelto a tu cuna de mentiras.

El lobo da un salto. En un abrir y cerrar de ojos, el bosque se transforma en una cortina de color negro cortado, el color de la migraña. La sombra de un hombre estira unas manos con forma de garra a través de la oscuridad. El fuego coge fuerza y se enciende hasta convertirse en un muro en llamas, y las garras arañan todo lo que se ha prendido fuego. La sombra arde hasta convertirse en cenizas y hollín. El lobo retrocede, entre aullidos. Unos rayos recorren la oscuridad del bosque. El lobo da vueltas a lo largo del límite de la luz del fuego. Detrás de la criatura, otros ojos brillan en las sombras más oscuras situadas entre los árboles, unos ojos relucientes y fríos como la luz de unas estrellas crueles.

El hombre gira la cabeza. No mira al lobo, sino a la oscuridad que se encuentra tras él.

—Reniego de ti —dice el hombre, y, en ese lugar que es más real que la vida misma y tan irreal como un sueño, sus palabras hacen temblar la oscuridad con su estruendo.

—¿Ni siquiera vas a hablar conmigo, padre? Ahora que tu imperio de mentiras se desmorona, ¿no me vas a contar la verdad?

—Sois una sombra —dice el hombre—, nada más que eso. No ofrecéis nada porque no sois nada. Venís con un hijo transformado en marioneta, pero no le habéis contado por qué lo necesitáis. Lo necesitáis porque no contáis con nada que sea verdad, con ninguna espada que no sea una falsedad, con ninguna fuerza que no sea mentira. Lo necesitáis porque sois débiles. Lo necesitáis. Le tenéis miedo. Y fracasará.

Unas carcajadas llenan la noche, como un aleteo de alas, el traqueteo del sonido de un moribundo que intenta respirar, y se arremolinan entre ellas una y otra vez en bucles de risotadas. La oscuridad se hincha hacia delante, se estira, se arremolina, se estruja. El hombre del asiento de piedra se estremece. El fuego se dobla y se encoje. La imagen del hombre también parpadea, y, por un segundo, se asemeja a un cadáver sentado sobre un trono, con los huesos de sus manos aferrados a sus reposabrazos, adolorido.

Cierra los ojos.

La imagen empieza a tornarse borrosa, como si la viera a través de un viento lleno de polvo. Las carcajadas aumentan de volumen cada vez más.

Siempre ha sido así: una y otra vez, en incontables formas y metáforas, la muerte y la oscuridad se ponen distintas caretas. El ciclo continúa sin fin, se repite y aún cada vez más fuerzas conforme la Noche se acerca con su hambre voraz. Y tanto entonces como ahora, solo hay una respuesta ante ello.

Matanza.

Sangre y finales.

Sacrificios y muertes.

—He vuelto —anuncia la voz del lobo en la oscuridad.

—Reniego de ti —dice el hombre, conforme la imagen se desvanece hasta convertirse en el eco de un sueño y en una risotada sin fin.

UNO

Hora cero
El recuerdo de los lobos
Asalto

Terra

En el primer día de Primus, las sirenas resonaron por toda Terra.

En los numerosos mundos conquistados y gobernados por el Imperio de la Humanidad, se hablaba de divisiones anuales, del tiempo partido en mil porciones iguales. Primera división, segunda división, tercera y así sucesivamente, sin ninguna variación ni carácter, hasta que el peso del recuento llegaba a mil, y un año pasaba al siguiente. En mundos bajo una noche sin fin o días cegadores, un año representaba lo mismo. En un imperio que abarcaba toda una galaxia, cualquier otra medición no habría tenido sentido.

0000014.M31 sería como los registros que sobrevivieron, marcarían el primer momento de aquel día, sellado y corregido para que tuviera precisión temporal, estandarizado y desprovisto de todo significado. Aun así, en aquel lugar, en el mundo cuya noche, día y estaciones habían otorgado a la humanidad el concepto del tiempo, la antigua manera de contar todavía tenía significado, por lo que también lo tenía el momento en el que un año moría y otro nacía: la Fiesta de las Dos Caras, el Día de la Nueva Luz, la Renovación... Los nombres eran infinitos. Sin

embargo, desde tiempos inmemoriales había sido el primer día de Primus, el primero de los trescientos sesenta y cinco días que lo iban a suceder, un día de esperanza y nuevos comienzos.

El paso de aquel año comenzó con nieve en las almenas septentrionales del Palacio Imperial, donde tres semidioses hermanos observaban el cielo nocturno que se extendía sobre ellos. Comenzó con la luz del alba y un viento gélido, que se adentró en una cámara en lo alto de una torre y movió las cartas pintadas que acababa de repartir un hombre que era más viejo de lo que nadie sabía. Comenzó con el sonido de las sirenas, solo una al principio, en lo alto de las cimas del palacio, hasta que las demás repitieron el grito y lo transmitieron por todo el planeta rotatorio. El sonido resonó a través de los espaciopuertos del tamaño de montañas y se emitió con aspereza a través de los cuernos de comunicación situados en los niveles más profundos de las Colmenas Atlantianas.

El sonido continuó y continuó, y detuvo las manos de las personas conforme estas comían y trabajaban. Alzaron la mirada. En cuevas bajo tierra, en cámaras de colmenas y bajo las columnas de polución, alzaron la mirada. De entre aquellos que sí podían ver el cielo, unos cuantos creyeron ver unas nuevas estrellas dibujadas en el firmamento y se quedaron petrificados por la promesa que traía cada nuevo punto de luz: una promesa de fuego y cenizas, de una época de pérdida. Y, junto con el sonido de las sirenas, el miedo se esparció, sin nombre, pero aun así presente.

—Ya está aquí —dijeron.

Nave prisión Aeacus, alta órbita de Urano

—Tengo entendido que tienes una historia... —dijo ella. El lobo estaba frente a ella, y el pelaje de su espalda parecía plateado bajo la luz de la luna—. Una de lo más entretenida. Me gustaría recordarla para la posteridad.

El lobo se dio media vuelta, y sus dientes esbozaron una sonrisa triste.

—¿Qué historia?

—La de cómo Horus mató al Emperador.

Mersadie Oliton se despertó de aquel sueño recuerdo con una capa de sudor en el rostro. Suspiró y se puso la manta encima, pues esta se había deslizado hasta el suelo. El ambiente era frío

y húmedo en aquella celda, con el aroma de un aire en el que se había respirado demasiado. Parpadeó durante unos segundos. Algo había cambiado. Estiró una mano para tocar la pared metálica. La humedad se aferraba a los remaches y las vigas oxidadas. El ruido constante de los motores de la nave había cesado. Estuvieran donde estuvieran, se habían quedado quietos en el vacío.

Dejó caer la mano y soltó un suspiro. Varios atisbos de su sueño recuerdo todavía se aferraban a sus párpados. Se centró y trató de tirar de los hilos del sueño mientras estos se sumían más y más en la oscuridad.

—Tengo que recordar... —se dijo a sí misma.

—*La prisionera se pondrá de pie, de cara a la pared.* —La voz resonó por el altavoz situado sobre la puerta de la celda.

Se puso de pie por instinto. Llevaba un mono gris raído y desgastado. Puso las manos contra la pared, con los dedos separados. La puerta se desbloqueó con un chasquido y unos pasos sonaron sobre el suelo con rejilla. El guardia sería como el resto: vestido de color escarlata y con una máscara plateada, con toda la humanidad de su voz escondida tras la distorsión del comunicador. Todos los carceleros eran iguales, tan constantes como el sonido de un reloj que nunca llegaba a dar la hora en punto.

Espacios pequeños, puertas cerradas, preguntas y sospechas: así había sido su mundo durante los siete años que habían transcurrido desde que había regresado al Sistema Solar. Aquel era el precio que debía pagar por lo que había visto, por lo que recordaba. Había sido una rememoradora, uno de los miles de artistas, escritores y eruditos que habían enviado a ser testigos de la Gran Cruzada conforme esta llevaba la luz de la razón a una humanidad reunida. Aquel había sido su propósito: ver y recordar. Al igual que muchos otros propósitos claros y futuros brillantes, el resultado no había sido el esperado.

Oyó que los pasos se detenían a su espalda y supo que el guardia iba a colocar un cuenco de agua y un nuevo mono en el suelo.

—¿Dónde estamos? —preguntó ella, y oyó la pregunta salir de su propia boca antes de poder contenerse.

Silencio.

Esperó. No iba a sufrir ningún castigo por preguntar; no le propinarían ninguna paliza, no le retirarían la comida ni la

humillarían, pues no era así como funcionaba su encarcelamiento. Su castigo era el silencio. No le cabía la menor duda de que se utilizaban unos métodos más viscerales con otros prisioneros; ya había oído los gritos. Sin embargo, a ella solo le habían dedicado silencio. Siete años de silencio. Al fin y al cabo, ellos no tenían ninguna pregunta que hacerle a ella. Le habían retirado los carretes de memoria del cráneo, y aquellas grabaciones ya les habrían contado todo lo que querían saber y más.

—Todavía estamos en el vacío, ¿verdad? —continuó, de cara a la pared—. Las vibraciones de los motores han parado, me he dado cuenta. Es imposible no notarlo si se ha pasado cierto tiempo en una nave... Y yo pasé bastante tiempo en una nave de guerra. Es algo que nunca se olvida. —Hizo una pausa para esperar una respuesta, aunque fuera tan solo el sonido de unos pasos que se alejaban de ella y de la puerta al cerrarse.

Más silencio.

Aquello sí que era extraño. Había intentado hablar con los guardias durante sus primeros años de encarcelamiento, y su respuesta siempre había sido marcharse de allí sin contestarle. Tras un tiempo, aquello le empezó a sentar peor que si le hubieran dado un latigazo en la espalda. Aun así, nunca le habían hecho ningún daño físico, ni siquiera la habían tocado. Incluso cuando le habían abierto el cráneo para retirar los carretes de memoria, la habían sedado, como si aquello hubiera hecho que la invasión que se había producido después hubiera resultado más aceptable.

Suponía que aquel tipo de piedad tenía algo que ver con Qruze o Loken. Los ex Luna Wolves habían cuidado de ella tanto como habían podido. Sin embargo, aquello la había dejado encerrada de todos modos en la prisión más grande y oscura de todo el Imperio. Loken le había dicho que la liberaría, pero ella se había negado. Por mucho que le hubiera dolido, entendía por qué tenían que mantenerla encerrada. ¿Cómo podía no entenderlo? Al fin y al cabo, ¿no había sido ella quien había visto el verdadero rostro del enemigo? Había pasado cuatro años viviendo en el *Espíritu Vengativo* entre los Sons of Horus, a la sombra de su primarca, quien en aquellos momentos había prendido fuego a la galaxia con su guerra civil. ¿Qué otra recompensa podía esperar por recordar aquellos días? Toda una galaxia reducida a silencio

y paredes de plásticero, con solo sueños y recuerdos con quien entablar una conversación.

Tras unos cuantos meses de encierro, había empezado a soñar recuerdos: sueños de su hogar en Terra, de la luz del sol que bañaba el borde de la placa orbital Arcus, de su madre riendo y llamándola después de que hubiera salido corriendo por los hidrojardines. Y había soñado con su etapa junto a los Luna Wolves, y luego junto a los Sons of Horus; había soñado con personas que habían muerto hacía mucho tiempo. Había pedido pergaminos y plumas a los guardias, pero no le habían concedido nada. Por ello, había vuelto a los viejos juegos que su cuidadora de mentes le había enseñado: modos de esconder recuerdos cuando se despertaba, modos de recordar el pasado cuando este intentaba escurrirse hacia la distancia. Sumida en el silencio, se había dado cuenta de que los recuerdos y los sueños eran lo único que tenía, lo único que la formaba.

—¿Seguimos en algún lugar del Sistema Solar? —preguntó, y giró un poco el cuello para mirar atrás. ¿Por qué seguía hablando? Aunque ¿por qué no se había marchado ya el guardia?—. No parece que la nave se esté preparando para la traslación. ¿Dónde estamos?

Habían ido a buscarla a su celda de la Fortaleza Sin Nombre hacía tres noches. La habían metido en una caja tan pequeña que casi no se había podido mantener de pie. Había notado cómo la caja daba sacudidas y se mecía conforme unas máquinas la levantaban, y a ella con la caja. Entonces la habían soltado en aquella celda, donde había reconocido la vibración de una nave del vacío a baja potencia. Pese a que al principio aquello le había parecido reconfortante, sus sueños no lo habían sido en absoluto, y el silencio de aquel momento le parecía más extraño con cada largo segundo que transcurría.

—¿Por qué me habéis sacado de la fortaleza? —preguntó—. ¿Adónde me lleváis?

—Adonde a todos nos gustaría poder ir, señorita Oliton —respondió Garviel Loken. Ella se dio la vuelta de repente, y vio que el otro extremo de su celda había desaparecido y que un lobo se alzaba de un charco de agua oscura bajo la luna. Sus ojos eran esferas negras, y mostraba los dientes en una sonrisa amplia mientras hablaba—. A casa.

En la oscuridad de su celda, Mersadie Oliton se despertó ante el silencio y se quedó quieta, a la espera de que el sueño se desvaneciera o a que volviera a despertarse.

Fragata de asalto Lachrymae, Golfo Transplutoniano

La primera nave del asalto murió en cuanto perforó el velo de la realidad. Unos rayos de plasma se alzaron de las plataformas de armas, y un fuego blanco golpeó la proa de la embarcación. Unos rayos y un ectoplasma creciente surgieron tras su casco al tiempo que unos macroproyectiles detonaban entre las heridas ardientes que ya se habían tallado en su estructura. Las torretas y las cimas se separaron de su forma. Las torres se partieron de su lomo. Seguía avanzando al mismo tiempo que su proa se hacía añicos. El destrozo ardiente golpeó la primera de las minas colocadas por toda la oscuridad, y unas explosiones se desataron a su alrededor. La parte delantera de la nave se separó de la trasera. La proa y las cubiertas de armas se inclinaron hacia abajo. La atmósfera se ventiló del interior al quedar expuesto. Los restos se desperdigaron por doquier y se prendieron fuego durante un instante, antes de que las llamas acabaran con el oxígeno que había quedado atrapado en ellos.

—Nave derribada —indicó un adepto de sensores desde el puente del *Lachrymae*.

Sigismund observó la muerte de los intrusos conforme se desataba en las pantallas pictográficas dispuestas sobre la tarima de mando. Estaba ataviado con su armadura, con la espada encadenada a su muñeca y con la punta apoyada sobre la plataforma a sus pies. No parpadeó ni se movió mientras la nave moribunda daba vueltas a la deriva frente a él. En las tranquilas profundidades de su mente, oyó las palabras que lo habían llevado hasta aquel lugar y aquel momento.

—*Debes elegir dónde quieres estar. Cumpliendo tu palabra y tu deber, o al lado de tu padre hasta el fin.*

A su alrededor, la tripulación de mando estaba en silencio, con la mirada clavada en los instrumentos y las pantallas. Era el comienzo del momento que todos habían sabido que iba a dar fin a los años de espera. Algunos incluso habían creído o esperado que no fuera a producirse nunca. Sin embargo, allí estaba, marcado con fuego.

«Me decidí, Keeler», pensó, y, en su cabeza, volvió a oír las palabras que Dorn le había dedicado por dicha decisión.

—*Continuarás con el rango y la posición que tienes y nunca le hablarás a nadie de esto. La legión y el Imperio no conocerán mi decisión. Tu deber será no dejar nunca que tu debilidad contamine a aquellos que poseen más fuerza y honor que tú.*

—*Como desees, padre.*

—¡No soy tu padre! —rugió Dorn, y su ira llenó el ambiente de repente, con el rostro engullido por las sombras del ocaso—. *Tú no eres mi hijo —añadió con más calma—. Y no importa lo que te depare el futuro, nunca lo serás.*

—Me decidí —susurró para sí mismo—, y aquí estoy, en el fin.

El fuego de la nave muerta se esparció por todos los monitores.

—*Si así es como van a venir a por nosotros, casi ni valdrá la pena sudar por matarlos* —gruñó Fafnir Rann.

—*No nos concederán ese lujo* —repuso Boreas desde más atrás en la plataforma. Sigismund no miró a su alrededor, hacia donde las proyecciones hololíticas del capitán de asalto o de su teniente flotaban junto a sus hombros. Cada uno de ellos se encontraba en la cubierta de mando de una de las naves hermanas del *Lachrymae*.

Rann llevaba una armadura Mark III fortalecida para el vacío, con remaches reforzados clavados en las espinillas y en el hombro izquierdo. Las cicatrices de las batallas que habían librado en aquel lugar, en el borde del sistema, estaban debajo de la nueva capa de barniz amarillo. Su alto escudo de abordaje colgaba de su mano derecha, y las dos hachas iguales que tenía enganchadas por magnetismo en la espalda mostraban la misma heráldica pintada en la parte delantera del escudo. Sigismund se imaginó poder ver la sonrisa retorcida del rostro de Rann cuando se volvió hacia Boreas y se encogió de hombros.

La imagen hololítica del Primer Teniente de los Templarios no se movió. Al no llevar el casco, su rostro era una sola cicatriz irregular, y, si había algo de emoción tras la furia gélida de sus ojos, Sigismund no fue capaz de verla. La espada ceremonial de Boreas era casi tan alta como él; su guardia era la cruz de los Templarios, y en la hoja se habían tallado los nombres de los caídos.

—A todas las naves: a la espera —dijo Sigismund en voz baja, y oyó que su orden se transmitía por la flota.

La vibración de la cubierta cogió fuerza. El dolor sordo que se le había estado acumulando en el cráneo durante las últimas horas se estaba tornando más agudo. Se percató de que a una humana de la tripulación le daba un escalofrío y se pasaba una mano por una gota de sangre que se le había formado en la nariz.

—Aferraos a nuestros juramentos y a la fuerza de nuestro propósito —dijo en voz más alta.

Unos susurros zumbaban en el borde de sus pensamientos, como filos de cuchillas que rascaban el metal. Habían tenido que sedar a cada astrópata de la flota hacía dos horas, pues una oleada de presión psíquica los había dejado balbuceando y gritando. Dicha oleada se había ido tornando más intensa con cada minuto que pasaba, y aquello solo presagiaba un hecho: era la onda de proa de una armada colosal que atravesaba la disformidad y se acercaba al Sistema Solar como si de una tormenta se tratase. Horus y los traidores estaban en camino.

—¡Aumento etéreo detectado! —gritó un oficial de sensores.

—*Ahí vienen* —dijo Rann, y se llevó un puño al pecho—. *Honor y muerte.*

—*Por el primarca y por Terra* —añadió Boreas.

—Por nuestros juramentos —concluyó Sigismund. Las imágenes de sus dos hermanos parpadearon al desvanecerse.

Llevó una mano abajo para desenganchar su casco del cinturón y se lo puso en su lugar.

—Que mi fuerza sea suficiente para este momento —se dijo a sí mismo mientras el visor del casco se encendía ante sus ojos. Los datos de la esfera de batalla se superpusieron sobre su visión.

El Golfo Plutoniano relucía, lleno de plataformas de armas, bancos de torpedos y minas flotantes. Todas esas defensas formaban una gran red de decenas de miles de kilómetros de profundidad que se extendía desde el borde de la noche hasta los elementos orbitales del propio Plutón.

Unas naves brillaban entre las defensas: raudas balandras de combate y naves de monitorización que eran poco más que motores y armamento. Las habían construido en las forjas orbitales de Luna, Júpiter y Urano, y las habían arrastrado hasta el borde de la luz del sol. Junto a ellas se encontraba la flota de la Primera Esfera: cientos de naves en movimiento. Y, más allá de las naves, las lunas de Plutón aguardaban. Repletas de armas y

vaciadas mediante túneles, cada una de ellas era una fortaleza que podía haberse enfrentado a una flota entera.

El manto de estrellas estalló con unos rayos. Unas brechas se abrieron en el vacío, y de ellas surgieron unos colores nauseabundos y una luz deslumbrante conforme nave tras nave salían de la nada para materializarse en la realidad. Decenas de ellas, seguidas de cientos. Los servidores sensores del *Lachrymae* se retorcieron y empezaron a parlotear debido a que los objetivos se multiplicaban a mayor velocidad de la que podían vocalizar las novedades.

Varias minas detonaron, y las explosiones saltaron de una a otra en cadenas que se extendían por toda la oscuridad. Las plataformas de armas se abrieron, y unos macroproyectiles, cohetes y plasma golpearon el metal y la piedra, los atravesaron y estallaron. Las naves morían nada más llegar a la realidad, con su blindaje destrozado por el fuego, de modo que soltaban sus entrañas al vacío. En los primeros diez segundos, más de cien embarcaciones ardieron hasta quedar hechas añicos. La mayoría habían sido en otros tiempos naves de guerra del ejército imperial, tripuladas por humanos que habían jurado lealtad a Horus y que habían recibido como recompensa el honor de ser los primeros en desenvainar sus espadas durante aquella batalla. Murieron por aquel honor al arder junto a la ruina en la que se habían convertido sus naves, con los cascos destrozados a su alrededor.

Y, aun así, no dejaron de avanzar.

Nave tras nave atravesó la realidad como estandartes que ondeaban en la parte delantera de una línea de fuego. La primera nave de las Legiones Astartes surgió de la disformidad: se llamaba *Erinyes*, un galeón de bombardeo de la IV Legión con un casco de cinco kilómetros de largo envuelto alrededor de tres cañones nova. Soltó los tres disparos en cuanto el vacío le rozó la piel. Cada proyectil de cañón nova era del tamaño de un titán de batalla, y su núcleo estaba lleno de plasma inestable. A pesar de que la nave enemiga no contaba con ningún objetivo, no lo necesitaban. Los proyectiles se dirigieron al centro de las defensas y estallaron con la fuerza y la luz del nacimiento de una estrella. Las plataformas de armas se desvanecieron, y las minas se encendieron en esferas de llamas rojas. El fuego surgió de las defensas

conforme más naves se abrían paso a través de los restos de sus hermanas derribadas.

El fulgor de la batalla inundó las pantallas y ventanas del *Lachrymae*. El visor del casco de Sigismund redujo la intensidad de luz.

—Atacad —ordenó, y el *Lachrymae* se abalanzó hacia delante. Veinte cruceros de combate y veloces destructores lo siguieron en una formación concentrada. Unas lanzas de fuego salieron de ellos y se clavaron en las naves que salían de la disformidad conforme la formación avanzaba a cortar el paso a la flota enemiga. Unas columnas de luz espectral y ectoplasma se estiraron como brazos a través de la oscuridad mientras más naves se materializaban en la realidad.

Unos restos de rayos etéreos golpearon al crucero *Hijo Solar* de los Imperial Fists, el cual giró sobre sí mismo cuando el casco se le resquebrajó y se rompió conforme las leyes de la realidad se doblaban. El *Lachrymae* y sus naves hermanas no se detuvieron, sino que siguieron adelante, pues tenían un solo propósito en aquel momento: acabar con tantas naves enemigas como fuera posible mientras estas salían de la disformidad hacia la costa de la realidad. Por el momento, la presa de los Imperial Fists era vulnerable, y la flota de la Primera Esfera estaba formada por depredadores.

Las armas del *Lachrymae* acertaron en el blindaje de la barcaza de batalla llamada *Juramento de Fuego* antes de que esta pudiera activar sus escudos de vacío. Los macroproyectiles atravesaron las cubiertas de armas y estallaron, de modo que la munición de la nave enemiga ardió en sus estaciones de carga. El casco del *Juramento de Fuego* se hinchó antes de explotar. Unos trozos de casco del tamaño de edificios enteros salieron disparados, chocaron contra el flanco de un crucero de batalla cuando este salió de la disformidad y le arrancaron el castillo de mando de la espalda. La brecha de la disformidad de la que había salido pulsó y se tragó los restos.

—Resistid —dijo Sigismund, y su voz se transmitió a todas las naves a su mando mediante el crepitante enlace de comunicación—. Por nuestros juramentos, resistiremos.

El *Lachrymae* continuó abriéndose paso mientras su tripulación mortal gritaba al ver los fantasmas y las pesadillas que llenaban

su visión. La realidad en la esfera de batalla se había convertido en poco más que retales deshilachados que se mecían al viento nocturno. El *Lachrymae* avanzó, y sus armas encontraron a enemigo tras enemigo. Sin embargo, por cada nave que derribaban, otras tres surgían de la disformidad.

Los torpedos cebo dispuestos en el vacío se activaron y salieron disparados hacia delante para partir y hacer arder los blindajes de las naves. Los primeros invasores empezaron a encontrarse al alcance de las lunas fortaleza de Plutón y recibieron su fuego. Sus escudos del vacío, recién encendidos, parpadearon al desactivarse. El enemigo respondió con voleas. Las flotas de reserva que se habían quedado cerca de los satélites se pusieron en marcha y comenzaron a matar y a morir. La luz de la batalla se intensificó y se emborronó con el brillo de miles de transiciones de la disformidad, hasta que el hecho de qué bando había disparado y cuál ardía por ello se perdió en un fulgor ondeante de decenas de miles de kilómetros de diámetro. Horas más tarde, la luz de aquel fuego iba a brillar en la noche sobre las almenas del Palacio Imperial, mientras las sirenas y las alarmas sonaban para indicar que Horus, por fin, había llevado su guerra hasta el sistema que había visto nacer a la humanidad.